

LAS JOYAS ORIENTALIZANTES DE VILLANUEVA DE LA VERA (CACERES)

ORIENTALIZING JEWELLERY FROM VILLANUEVA DE LA VERA (CACERES)

ANTONIO GONZALEZ CORDERO (*)
MANUEL DE ALVARADO GONZALO (**)
JOSE LUIS BLANCO FERNANDEZ (***)

RESUMEN

En este trabajo abordamos el estudio de una serie de piezas fabricadas en oro inscritas en la temática orientalizante, descubiertas recientemente en Villanueva de la Vera (Cáceres).

Su original configuración, estilo, técnica y cualidad, puesta en relación con el entorno del hallazgo, muestran hasta qué punto existen desarrollos locales de la orfebrería que hasta ahora sólo parecía que podía tener lugar en núcleos de profundo enraizamiento colonial.

ABSTRACT

In this article we tackle the study of a series of pieces made of gold and which belong to the Orientalising period. They have recently been found in Villanueva de la Vera (Cáceres).

Their original shape, style, technique and quality, related to the environment of this interesting find shows the local development of the craftsmanship in precious metals, which previously only seemed to take place in centres of deep colonial roots.

Palabras clave: Alta Extremadura. Piezas áureas. Técnica y morfología. Estudio analítico. Período Orientalizante.

Key words: *Northern Extremadura. Golden pieces. Technique and morphology. Analytical study. Orientalising period.*

INTRODUCCION

Hacia el siglo VIII a. C., los pueblos que habitan en la región extremeña entran en una fase de transformación en sus esquemas socio-culturales, posiblemente a expensas del influjo ejercido por los pueblos colonizadores que procedentes de las costas del Mediterráneo Oriental, se asientan en el sur de la Península Ibérica. Este proceso que nace en primer lugar del intercambio de artículos de comercio e industria que se establece entre los colonos y la población indígena es a la vez el responsable de la asimilación de una serie de prácticas que alcanzan todas las esferas de la vida de aquellas gentes; pero mientras que, en algunos casos, donde el contacto es más directo se llega casi a una aculturación, en otros se mantienen unos rasgos de continuidad con respecto a períodos precedentes.

Conjuntos como el de las joyas de Villa-

(*) C/ Antonio Concha, 76, 6º C. 10300 Navalmoral de la Mata (Cáceres).

(**) C/ Adriano, 9, 4º I. 6800 Mérida (Badajoz).

(***) Avenue de la Porte Brunet, 2.75019 París.

nueva de la Vera que aquí presentamos constituyen un ejemplo válido de lo que acabamos de señalar, más que una evidencia que sumar a otras ya conocidas. Su valor intrínseco, las cualidades físico-químicas, la forma en que fueron concebidas, las circunstancias que rodean su descubrimiento, etc. aportan nuevos testimonios sobre el momento en que las técnicas orientalizantes hacen acto de presencia en la Península, al mismo tiempo que nos ayudan a conocer las vías por las que se introducen y otros aspectos relacionados con la metalurgia del oro.

Los hallazgos tuvieron lugar por separado y de forma casual cada vez que se llevaban a cabo tareas de roturación en una tierra conocida como La Cañada de Pajares en Villanueva de la Vera (Cáceres) (1). Además de las joyas se recogieron gran cantidad de objetos consistentes en bronces, hierros, vidrios, cerámicas, etc. que agrupados dentro de un contexto cronológico muy amplio, representan de forma bastante completa la secuencia de ocupación de un yacimiento que abarca desde el Bronce Final a la Edad del Hierro (2) (Fig. 1).

ESTUDIO DESCRIPTIVO: TÉCNICA Y MORFOLOGÍA

Para obtener una mejor visión de los hallazgos y apreciar el notable valor cultural que encierran analizaremos algunas de las piezas

(1) Las piezas que aquí se detallan y otras que se reservan para un posterior estudio fueron encontradas por D. Manuel Andrés González durante los trabajos agrícolas desarrollados a lo largo de varios años en una tierra de su propiedad situada en la Cañada de Pajares, una finca perteneciente al término de Villanueva de la Vera (Cáceres).

Dado el interés y el valor que estas tenían, aconsejamos al descubridor que las ofreciera, según lo establecido por la Ley del Patrimonio Histórico Español, a la Junta de Extremadura, hasta que ésta decidiera sobre su valor y destino.

Realizadas las oportunas gestiones en 1989, dicho organismo dictaminó a favor de la compra de las mismas, encargando su adquisición a la Consejería de Educación y Cultura, quien desde entonces las custodia.

En un futuro se espera que pasen a formar parte de los fondos del Museo provincial de Cáceres, donde hay depositados otros objetos que D. Manuel Andrés ha ido donando.

(2) De la Edad del Hierro en concreto, tuvimos ocasión de examinar en otro trabajo un lote de material procedente de una necrópolis que se perfila como un apéndice de la cultura meseteña de El Raso y Cogotas (González *et alii*, 1990).

siguiendo un orden relativo a su valor material y funcional.

1. La placa o arracada

De todos los objetos, una gran placa decorada o arracada de oro (Lám. I) se presenta como el más valioso de los hasta ahora recuperados, pues reúne en sí misma complicados elementos de gran arraigo dentro de la orfebrería oriental a través de los cuales, el orive nos muestra su depurada técnica y el gusto por la ornamentación recargada. Dichos elementos van montados sobre una banda de forma rectangular alargada, cuyo anverso y reverso han sido dispuestos desigualmente con los dos extremos cortados en semicírculo.

En el anverso, un hilo sogueado enmarcado por dos lisos delimita el perímetro de la lámina. En su interior se inscriben veintidós parejas de crecientes con discos astrales separados por crecientes lisos enfrentados. Los espacios libres intermedios y el perfil de los motivos están rellenos por un granulado densamente distribuido.

En el reverso, dos prótomos flanquean una cresta de palmetas y treinta y ocho pares de flores. Dicha cresta se compone de arriba a abajo de una orla de hilos enrollados sobre una cápsula a modo de jaulillas, de la que nace una palmeta de cuenco muy cerrada con volutas vueltas hacia el interior. De la lengüeta resultante sobresale un vástago retorcido y los brazos más abiertos de otra palmeta. Del ábaco en que se insertan los extremos de la última palmeta surgen a la vez pares de flores de loto con collarín de muelle por cáliz.

Los remates de los extremos se componen de unos prótomos o cabezas construidas a partir de una fina lámina repujada y soldada por sus bordes, de modo que deja su interior hueco; sobre las mismas hay dibujado un rostro casi imperceptible que guarda una expresión severa; en él se aprecian unos ojos alargados bajo un prominente arco supraciliar, una nariz ancha y unos pómulos aplanados, enmarcado todo dentro de un óvalo cerrado por unos bucles característicos del peinado hat-hórico.

A través del cuello se engasta en una columna de dos fustes. Del superior sobresalen



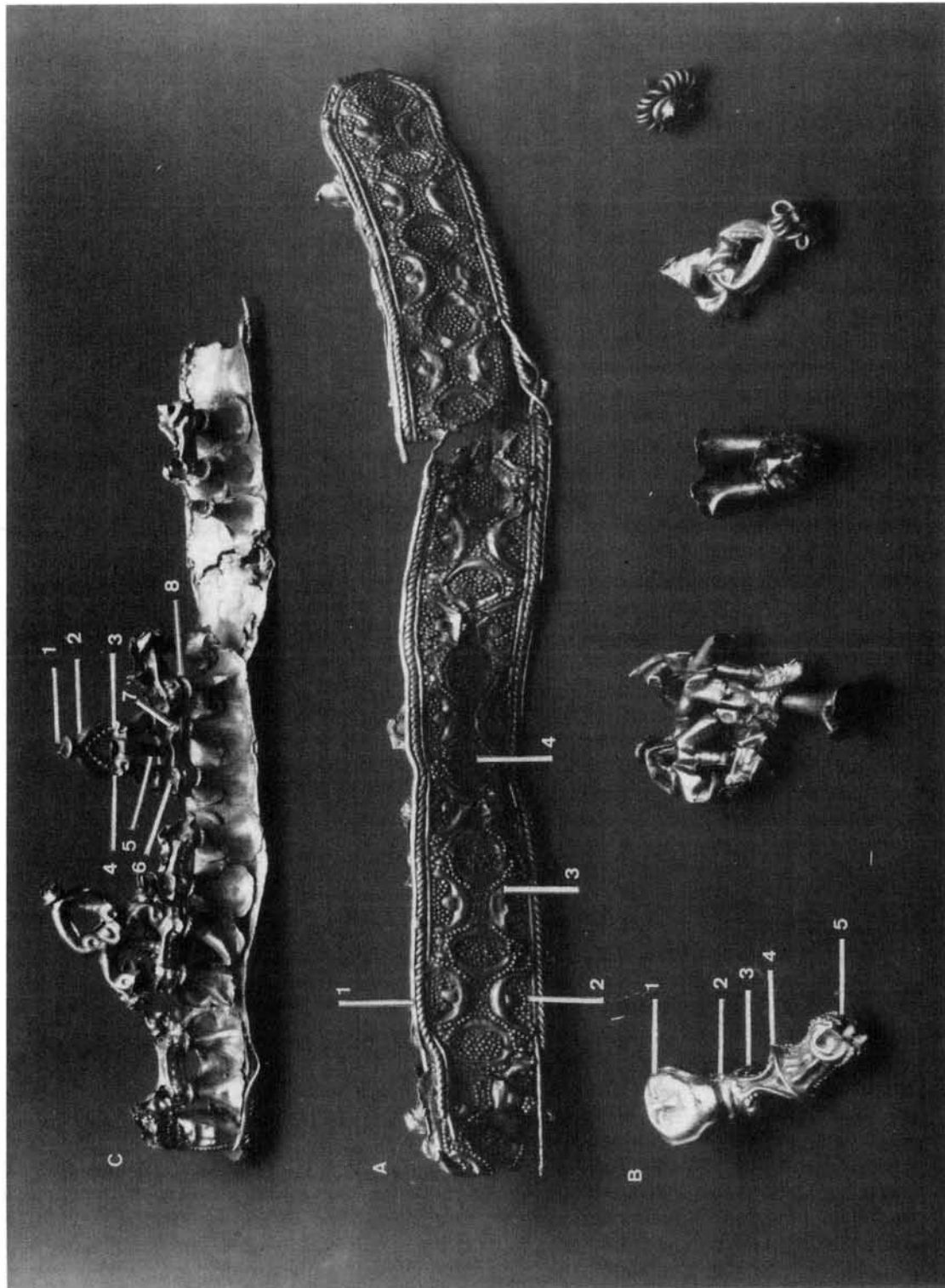
Fig. 1. Mapa con los hallazgos del periodo Orientalizante en Extremadura y detalle de la ubicación topográfica del yacimiento de Villanueva de la Vera. A: Jarros, B: Braseros, C: Thymiaterias, D: Figuras, E: Fibulas, F: Placas, G: Varios. El mapa ha sido elaborado a partir de los datos extraídos de la obra de M. Almagro Gorbea (1977) y del archivo de los autores.

1. Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera); 2. Serradilla; 3. Monfragüe (Torrejón el Rubio); 4. Aliseda; 5. El Moroquíl (Madroñera); 6. Cañamero; 7. El Risco (Sierra de Fuentes); 8. El Torrejón de Abajo (Sierra de Fuentes); 9. Sierra del Aljibe (Aliseda); 10. El Castillejo (Madrigalejo); 11. El Terral (Berzocana); 12. Medellín; 13. Mengabril; 14. Siruela; 15. Mérida; 16. Segura de León; 17. La Codosera; 18. Cerro de San Cristóbal (Badajoz); 19. Zarza de Alange; 20. Valdegamas (Don Benito); 21. Capilla; 22. Almorchón; 23. Cogolludo (Orellana La Vieja); 24. Medina de las Torres.

las volutas típicas de los capiteles eólicos y en el inferior un agujero delata el lugar donde se engarzaba una cadena u otro elemento. Ambos fustes están estriados y separados en su perfil longitudinal por sartas de gránulos.

Para el montaje de todos los elementos,

se preparó un «fondo» compuesto por dos placas o bandas de espesor variable (entre 3/100 y 1/100), que servirían de soporte por un lado a la de los dibujos granulados y por otra para unir las ramas de la armadura. El fondo juega un papel importante en la cons-



Lám. I. A) 1. Hilo sogueado; 2. Disco astral; 3. Crescente lunar; 4. granulado. B) 1. Prótomo con peinado hathórico; 2. Collarino; 3. Capitel cólico; 4. Collarino y estrias; 5. Punto de engarce, C) 1. Orla enrollada; 2. Repujado; 3. Lengüeta; 4. Volutas; 5. Vástago; 6. Inserción de los repujados; 7. Abaco; 8. Muelle y flores de loto.

trucción de las joyas que presentan un espesor o un volumen, pues contribuye, haya o no una placa superior o «alto» de decoración, a la solidez de la pieza. El «alto» es normalmente la parte visible del aderezo, y caso de existir sería la placa que lleva los decorados granulados. Frecuentemente soldado por los extremos, la soldadura se disimula con la presencia de hilos sogueados, etc. A veces es más pequeño que el fondo y no lo cubre enteramente como en las placas del Carambolo. Normalmente la placa que hace de «fondo» es más espesa que la placa del «alto». En nuestro caso, no hay lo que en otras piezas se llama fondo-obturación, dado que presenta decoración en las dos caras.

En lo referente a la manipulación por el orfebre, señalar que en el análisis se observan estrías del bruñido en los bordes para eliminar las marcas de percutores o martillos y porosidades abundantes que dejan suponer una fusión previa del metal para llegar a la aleación. Hay además señales de que la soldadura de los motivos arborescentes debió hacerse apoyada de plano sobre el horno de forma uniforme. No sería posible de otro modo considerar que de esta pieza haya sido soldada a soplete cada árbol, porque la placa no habría podido soportar tantos recalentamientos sin traer a la superficie la plata escabuyendo el oro hacia la parte más alejada de la llama. Es un problema que se presenta cada día cuando se intentan reproducir joyas antiguas sobre una «peluca» de joyero. El fuego que han debido de emplear para homogeneizar la soldadura en el momento de fusión ha debido conseguirse con brasas de carbón vegetal animadas por la traída de aire con las toberas procurando eliminar la llama para evitar la fusión de las partes que componen la aleación y el distendimiento de una placa respecto a otra.

Sobre su concepción resulta muy arriesgado aún emitir un juicio seguro, pues desconocemos si la pieza se compuso como joya única o en conjunto con otra o varias más. En estas circunstancias, el contraste particular de los contenidos tecno-morfológicos (placa y granulado) por un lado y los iconográficos (creciente y disco astral, árbol de palmetas y lotos, prótomos, rosetas) por otro, constituye el único sistema capaz de aportar indicios para su

clasificación además de proporcionarnos una visión distinta pero conjugable de sus orígenes.

— La placa

Por una parte, los ornamentos festoneados de filigrana y repujados están presentes en el tesoro de Serradilla (Cáceres) (Almagro Gorgea, 1977: 226), y por otra nos orientan hacia el Mediterráneo donde son especialmente característicos en Tharros, en Cartago, en Etruria y en ciertas joyas de Rodas, donde en algunas tumbas de este enclave de las Cícladas, encontramos calcos exactos de la lámina soporte en forma de bandas o diademas. A veces la similitud es tan grande que el festón sogueado de enmarque aparece fielmente reproducido. Ilustraciones con este tipo de láminas pueden encontrarse en los catálogos de joyería antigua de Marshall (1911: Lám. XII-XIII), De la Ferté (1956: Lám. IV) y Higgins (1962: Lám. XIX y p. 105), quienes las designan con el nombre de «pale gold band»

— Granulado

La técnica del granulado ha gozado de gran celebridad y tradición en el Mediterráneo, datando su conocimiento de mediados del tercer milenio. Había sido utilizada en la ornamentación de joyas del célebre tesoro de Príamo encontrado por Schliemann en Troya, y joyas egipcias de Daschur, durante la XII dinastía (Blázquez, 1978: 226) y en las ciudades de la costa de Palestina, donde comienza a ser aplicada frecuentemente a partir del segundo milenio a. C.

Es una técnica que se presenta por sí sola al orive desde los primeros intentos de fundido de metal sobre un lecho de carbón vegetal del que salen directamente los gránulos formados. Por ello, no es forzosa la copia de otros lugares, aunque la coincidencia de decoración de ciertos productos de importación en talleres del occidente les haya impulsado a perfeccionar y exagerar la abundancia de gránulos.

Sabemos que obtendrá su popularización probablemente un milenio más tarde de la mano de mercaderes jonios, rodios o chipriotas, pero al igual que otras técnicas, su depuración y perfeccionamiento las alcanzará en los talleres etruscos, quienes le imprimen un sello particular barroquizante, en el que aúnan una excelente artificiosidad y gusto.

En joyas como las de Villanueva, no pueden explicarse las labores sin reparar en los modelos del mundo itálico; en ambos casos, los diferentes dibujos y motivos van recalcados por filas de pequeños gránulos que aprovechan los resaltes del repujado. A pesar de ello hay detalles que las diferencian, como el recargamiento decorativo, la irregular distribución de los gránulos o el grosor de los mismos, que no alcanza el grado de miniaturización de las piezas de Etruria.

Fenómeno semejante se verifica en algunas piezas del tesoro de Aliseda, por lo que hemos de admitir, como ya señaló Blanco (1956: 32) que hay una interpretación de motivos del repertorio oriental, en los talleres occidentales promovida por artesanos de extracción local, no fenicios, pues estos últimos habrían aplicado la técnica, tal y como se usaba en Oriente.

— Creciente y disco astral

No hay una opinión concreta que traduzca el significado iconológico del disco inserto en el centro del creciente, pues mientras algunos autores como P. Cintas (1946: 94) creen que se trata de una fusión del planeta Venus con la Luna, otros mantienen que lo corriente es que el disco represente al sol, a una estrella o a la misma luna llena. La forma de lengüeta que adopta el astro en la lámina de Villanueva, parece derivar de la forma circular original que apreciamos en enclaves púnicos y etruscos; aunque lo curioso es observar el paralelismo de la misma con los amuletos acorazonados presentes en joyas, terracotas y esculturas en piedra, algunas de las cuales son muestras de la perduración de estos motivos a lo largo de los siglos (3).

De yacimientos como Aliseda (Cáceres), proceden amuletos lunares y acorazonados de semejante diseño a los que aquí nos ocupan, aunque en el primer caso son de bulto redondo.

Así pues, el origen de estos objetos tiene una probada antigüedad, y aunque su difusión parece haber correspondido a los Fenicios, no debemos olvidar que en la Península Ibérica

(3) De los bustos de la Dama de Baza, la Dama de Elche o la Dama del Cabezo Lucero cuelgan collares con amuletos acorazonados (bulas o bullas), aunque la evolución temporal les ha dotado de una mayor riqueza y complejidad.

existen precedentes de representaciones lunares en determinadas joyas y probablemente en las estelas-guijarro del Bronce.

En el mundo púnico hay una perduración de la tradición de símbolos lunares como atestiguan los ejemplares de Villaricos, Herrerías (Almería), Cádiz, las terracotas de la necrópolis del Puig des Molins (Ibiza) y las estelas de los tofet cartagineses en Túnez; sin embargo, la pervivencia es mucho mayor. Un documento como «Las Etimologías», nos confirma el uso que se hace de los amuletos en forma de luna allá por el s. VII (San Isidoro de Sevilla, XIX, 31, 7), en tanto que otros trabajos ilustran sobre su pervivencia secular dentro del universo de creencias populares (Ramón, 1952: 28).

— Las rosetas

Los remates de hilos enrollados sobre una cápsula de cada uno de los árboles de la arracada cuentan con escasos paralelos dentro del mundo orientalizante. En la Península, sólo tres ejemplares poseen este tipo de decoración, un pendiente y la diadema de Aliseda (Mélida, 1921: 418), y otro pendiente extremeño sin procedencia concreta (Blázquez, 1963: 9-10, Lám, III) y la diadema de Jávea (Mélida, 1905). Fuera de la Península, esta técnica ha sido utilizada por los etruscos con el añadido a veces, de una sarta de gránulos en cada uno de los alambres de la roseta.

— El árbol de palmetas y lotos

Tal vez son los motivos más comunes y abundantes. Sus esquemas están presentes en el arte oriental casi desde sus orígenes, su simbolismo incluye un carácter sacro.

Estéticamente cada representación del árbol sagrado varía sensiblemente una de otra, dependiendo de la vía de difusión. Por ejemplo, la palmeta adoptada en Fenicia es de procedencia chipriota (Dussaud, 1908: 102), quienes a su vez retuvieron elementos de la cultura egipcia, abstrayéndolos y esquematizándolos.

La utilización tanto de las flores como de las palmetas no se ciñe a ningún material concreto. Aparecen sobre madera, sobre sellos de piedra (Mallowan, 1966: 414 y 200), sobre marfiles (Blanco, 1960: Figs. 31-32), gemas (Boardman, 1968: Lám. 14, 22, 24 y 30), bronce (Gjerstad, 1948: Lám. I-III), e indudablemente

sobre oro y plata. Su celebridad fue tal que llegó a desvirtuar el significado original, convirtiéndose poco a poco en un motivo de relleno. En este sentido la joya de Villanueva pasa por ser un modelo clásico, en el que el orfebre tuvo que reproducir con volumen, lo que normalmente veía en grabados y repujados. Esa dificultad adicional obligó a cerrar la primera palmeta y a disponer la restante de forma que no difuminara la concepción original ni tampoco la solidez y adherencia.

El valor de su elaboración radica también en la fidelidad que rinde al canon peninsular, en el que se evidencia una resistencia a utilizar toda palmeta que no sea la de cuenco (Blanco, 1960: 21). Una muestra pueden ser los marfiles de la Cruz del Negro, inspirados en modelos samaritanos, la diadema de la Peña Negra de Crevillente (Blázquez, 1983: 360), la joya de Galera, la arracada de Baiao, etc. En otro plano de la comparación podemos situar a los prototipos de Sines, donde de la esfera del pendiente nacen doce flores de loto (Blázquez, 1978: 227) y particularmente a dos piezas del tesoro de Aliseda, en concreto al cinturón y a un pendiente. El primero por la combinación de palmetas y grifos como elemento decorativo y el segundo por sus cuatro elementos —flores de loto, palmetas de cuenco, lengüeta y corona de hilos enrollados— que se repiten en la joya de Villanueva.

— Prótomos

El modelo iconográfico de Villanueva puede considerarse como la representación de un personaje femenino con un peinado inspirado en imágenes egipcias de la diosa Hathor difundido por todo el Mediterráneo (4).

No podemos afirmar con rotundidad que

(4) Hathor con el tiempo se identifica con Isis, resultando en sus funciones específicas estrictamente análoga a la Ishtar mesopotámica y a la Astarté fenicia. No tiene por consiguiente nada de particular que reúna en sí todos los elementos de la fecundidad y que encarne de hecho las concepciones generales en el Próximo Oriente atribuidas a la gran Madre que desde el Neolítico aparece arraigada en las sociedades agrícolas como protectora de los cultivos, de la fecundidad y se enlace en determinadas regiones con el culto solar (Blázquez, 1957: 158-159). En todas las zonas adyacentes a este fenómeno la asimilación de estas ideas se ilustra perfectamente y las mismas figuritas de diosas locales de la fecundidad aparecen tocadas con el peinado hathórico.

las dos caras representadas en la arracada sean la imagen de alguna diosa, pues carecemos de medios directos de identificación, a no ser que concedamos el valor de atributos a las flores de loto asociadas a ella. En ese caso, nos hallaríamos ante una representación de una diosa equivalente a la «Quadesh-Ashtart-Anat», mejor conocida por Astarté, con numerosos paralelos en Oriente y en la misma Península Ibérica, donde la encontraremos desde el primer momento de la colonización. Así se explica que, en un período relativamente corto, se produzca por parte de la población autóctona una asimilación de deidades foráneas, en su mayor parte procedentes del panteón semita. Una de las razones que puede explicar esta aceptación es que los comerciantes hayan utilizado representaciones cuyo ámbito de creencias y cosmos litúrgico se identifiquen de una manera lo más aproximada posible con los cultos que existían de antemano en la Península.

Algunas de las nuevas deidades sufrirán un proceso evolutivo y sincrético, como la diosa «Shepesh» sirio-cananea de los broncees del Berrueco (Salamanca) y Calzadizos de Castrofrío (Ávila) (Blázquez, 1957: 85), o las «Potnia-Theron» del bronce Carriazo (Sevilla) y el tesoro de Serradilla (Cáceres) (Almagro Gorbea, 1977: 502). Otras en tanto conservarán su pureza original, en una línea más clásica que sintoniza con las imágenes de Villanueva; las más características se hallaron en Carambolo (Sevilla) (Chicarro, 1964: 105), en Galera (Granada), Cástulo (Jaén) (Blanco, 1963: 67) y Pozo Moro (Albacete).

En cuanto a la utilización de las cabezas como remates, podemos citar numerosos ejemplos, pues es habitual recurrir a los mismos. Si nos remontamos al Minoico Medio (1700-1600 a. C.), los encontramos en extremos de collares, en pendientes (Higgins, 1962: Lám. 4 y 16) o repasar la orfebrería etrusca, donde se utiliza en fibulas, pectorales o brazaletes, algunos como el de la necrópolis de Vetulonia (Carducci, 1962: Lám. 3, 5 y 7) con cabezas tocadas del típico peinado hathórico. Por último, señalar que la columna a la cual se unen las imágenes, resulta de la esquematización de una palmera, cuyas copas están simbolizadas por las volutas de un capitel eólico, cuya evo-

lución desde modelos más puros puede observarse en modelos tirsenos (Riis, 1953: Lám. 62, fig. 91).

Con estas consideraciones resulta muy difícil decidir si la pieza tuvo un carácter utilitario o funcional por lo que hay que recordar que otras, entre las que se incluyen algunos torques y armas, como el puñal con la hoja dorada de Belmeque (Perea, 1990: 278), parecen haber sido concebidas como objetos de valor votivo, ritual o de prestigio. Queda por tanto un margen de duda sobre el uso o destino que tuvo, ya que si tenemos en cuenta la primera finalidad, parece posible por su factura y esa conformación de pieza bifacial, que se tratase de una gran arracada circular que emparejada con otra u otras más, colgaría de ambos lados de la cabeza a modo de pequeños rodetes mediante una cadena sujeta por encima del pabellón auricular. Sin embargo, detalles como la perfecta equidistancia entre las flores de loto que impiden una posterior curvatura sugieren otra conformación.

Si miramos la pieza desde un sentido opuesto, esto es, los árboles con sus ramas de lotos hacia arriba, reteniendo la placa en la que se insertan las representaciones astrales de crecientes y disco, obtendremos una visión cosmológica, en la que dichos árboles con palmetas sustentan la bóveda celeste. En este caso, los prótomos estarían relacionados con una divinidad de tipo astral y cerraría el ciclo de la vida que estaría representado en su totalidad. Sería tal vez un atisbo creíble de la concepción teológica del universo tartésico.

2. Placa con Grifo

Otra pieza representativa en el contexto arqueológico de Villanueva es una placa de oro de apenas 18 mm. de long. por 14 mm. de ancho, decorada con un animal mítico (Fig. 2. C). La lámina, casi un pan de oro, ha sido repujada desde el anverso hasta marcar una serie de aspas, gránulos y un pequeño rectángulo en el que se inscribe el referido animal. Fue taladrada en sus ángulos para facilitar la inserción de pequeños clavos con los que fijarla a un tejido o cuero, tal y como puede observarse en el cinturón de Aliseda, donde animales semejantes también se encuentran presentes

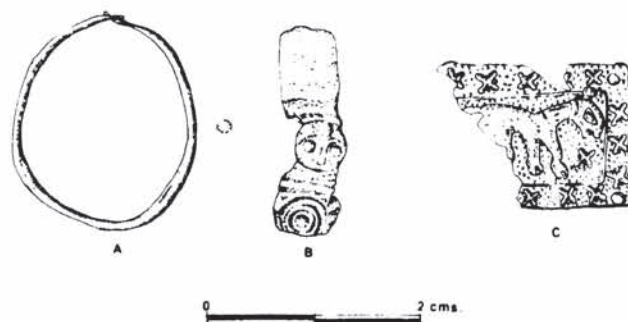


Fig. 2. Diversas piezas de oro de Villanueva de la Vera (Cáceres): A. Nazem; B. Lámina con un rostro en relieve; C. Placa con grifo.

(Mélida. 1921: 417). Este ser mitológico, forzado por el reducido espacio en el que se ve obligado a trabajar el artista y los instrumentos que éste debió de emplear, presenta una acentuada esquematización.

La cabeza casi ovalada debemos suponer que es de ave, aunque por el modo en que está trazada, no permite precisar con certeza su naturaleza, si bien cabe descartar que se trate de una rapaz, pues el pico se curva ligeramente hacia arriba. Del pico abierto surge una lengua toscamente marcada. El ojo, de forma almendrada y grandes dimensiones, se inserta en el centro de la cabeza ocupando una buena parte de ésta. Un atributo interesante, por su escasez dentro de la iconografía ibérica, es la protuberancia frontal levemente destacada por la limitación del marco, y tras ésta una oreja puntiaguda, únicamente perceptible bajo una lente. El cuello, separado por un collarino de la cabeza, se alarga hacia el cuerpo mediante un haz de líneas tubulares. La simplificación del tronco plantea dificultades de identificación, aunque es de suponer que se trate de un felino, al menos las garras de las extremidades están perfectamente modeladas.

Los restantes atributos decorativos utilizados en la placa, son un granulado desordenado y aspas como las reproducidas en la diadema de la Peña Negra. Ambos sirven de relleno al marco de la pieza. En concreto, estas aspas o cruces de San Andrés sugieren un arraigo en las tradiciones de trabajo del

oro más antiguas, o bien un contacto cultural más fuerte con la Meseta o el norte de la Península, donde su empleo es mucho más frecuente que en las piezas de características típicamente orientalizantes de otros yacimientos puramente tartésicos

Aunque el grifo de Villanueva no acusa la perfección de otros ejemplares, pueden advertirse ciertas semejanzas con otras del entorno peninsular, aproximándose iconográficamente a las reproducidas en placas de marfil como las descubiertas en el túmulo del Bencarrón y Santa Lucía (Sevilla) (Blanco, 1960: 110); en ambas localidades, tanto la disposición de la cabeza, como el collarino, la estructura tubiforme, etc., coinciden con la de Villanueva. Es, sin embargo, el mundo oriental, el que de nuevo ofrece verdaderos paralelos, incluidos los de aquellos grifos que poseen prominencia frontal. Al respecto pueden cotejarse varias obras (Bisi, 1965: 25; Marshall, 1911: Lám. XIV, fig. 1.234 y Lám. XXVII).

El uso que se le dio a la pieza parece claro, una vez hemos podido comprobar la coincidencia de módulo y función con las placas que forman el cinturón del tesoro de Aliseda, donde se conjugan escenas del héroe mítico Gilgamés luchando con un león y otros grifos alados. Así pues, este tipo de imagen, tanto la de Aliseda como la de Sines (Portugal), tiene una misión esencialmente decorativa. El hecho de haberlas usado en ajueres funerarios (Brandt, 1973: 78), les otorga también cualidades profilácticas que convierten en talismán a aquello que las porta.

La joya posee numerosas características de producción local, avaladas por las particularidades estilísticas y el escaso cuidado que el orive mantiene en la adecuación del canon que rige las representaciones de estos animales; tal vez por desconocimiento de éste o porque imita a partir de copias ya deformadas. Hay que tener presente que los motivos que llegan a occidente a través del comercio fenicio de los ss. X al VIII a. C. no son ya imágenes fieles a sus prototipos iniciales, sino que se presentan bajo formas diversas, resultantes de la evolución figurativa producto del tiempo y las corrientes artísticas predominantes (Brandt, 1973: 78).

3. Nazm y otras piezas áureas

De la misma procedencia que la arracada y el grifo son otras piezas, en concreto un nazm o nazem y algunas láminas de oro de tamaño tan ínfimo que resulta difícil su reconstrucción (Fig. 2. A y B).

Del nazm sabemos que apareció en el interior de una urna de barro arracada y rota por la reja de un arado. Tiene forma de aro ligeramente amorcillado y es tan sencillo como los que penden de la nariz y orejas de las figuritas de barro de las necrópolis del Puig des Molins o el de Medellín.

Entre las otras láminas de oro, resalta una sobre la que hay grabada una cara muy esquemática y un círculo con un punto inscrito en el centro y otra con un granulado muy fino que recuerda técnicas itálicas.

ESTUDIO ANALITICO DEL MATERIAL

Los análisis llevados a cabo sobre sendas muestras extraídas de la arracada y el nazem fueron efectuados en dos laboratorios diferentes arrojando ambos unos resultados casi idénticos, sobre todo en el percentil de metales elementales que los integraban.

La primera muestra de la placa, sometida a un análisis superficial espectrométrico de fluorescencia de rayos X por el Departamento de Bienes Muebles del ICRBC, reveló un contenido equivalente al 66,75 % de oro, un 28,00 % de plata, un 5,20 % de cobre y un 0,05 % de otros que no se especifican.

La otra muestra, extraída del nazem, enviada a uno de los laboratorios técnicos del C.N.R.S. (5) arroja resultados paralelos con un 66,72 % de oro, 24,80 % de plata, 3,25 % de cobre, 1,35 % de estaño, 0,28 de hierro y un 0,06 % de otros metales o metaloides que tampoco se especifican en el análisis (Fig.3).

En ambos casos, el oro empleado era del tipo Ib según las categorías de Stuttgart, habiendo sufrido un proceso de aleación con otros metales, hasta crear una variedad deno-

(5) Los trabajos de análisis metalúrgico del nazem han corrido a cargo de Renaud Miskosky y Bernard Figé del Instituto de Paleontologie Humaine, 20 Rue René Panhard, 75013 París.

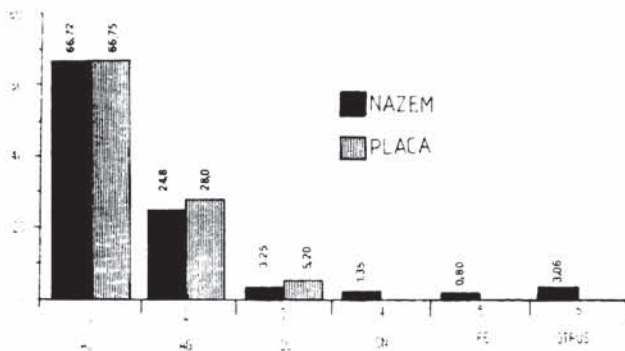


Fig. 3. Gráfico comparativo de los contenidos metálicos de la placa o arracada y el nazem.

minada oro claro; parámetro que no explica su origen geológico, sino de acrisolación, ya que las cantidades de cobre que contienen las piezas, no existen en la naturaleza en un mineral aurífero, e implican un uso técnico voluntario. Si se tiene en cuenta que el oro funde a 1.063° y que un simple añadido de un 4 % de cobre hace bajar la temperatura de fusión a 855° , se obtiene una de las primera ventajas de éste trabajo técnico. La misma misión tiene la adición de plata que hace descender un poco más la temperatura de fusión y le da una mayor flexibilidad para el martillado y el estirado, trabajo que según el barrido del espectrógrafo, fue hecho en frío después del martillado.

El estaño tiene otro cometido parecido a la plata y sirve además de reductor, extrayendo el oxígeno durante la combustión, cuando probablemente se añade también el oro.

De esta similitud, una de las primeras conclusiones que se extrae es que ambas piezas, y las restantes por añadidura, tienen un origen común, que bien puede localizarse en el área de Villanueva de la Vera, siendo varios los argumentos, aparte de los relacionados con las cualidades estéticas de las piezas, que avalan esta hipótesis. El primero puede ponerse en relación con la existencia de filones de cuarzo lechoso muy duros con intrusiones de vetas auríferas presentes en el macizo paleozoico de Gredos. Estos filones, demasiado cortos para ser explotados con garantía de rentabilidad, son erosionados por los arroyos que

descienden por las caras de la montaña hacia la plataforma sobre la que se asienta La Vera y el valle del Tiétar; en estos tramos donde se produce un cambio en la pendiente los materiales con mayor peso y densidad se van decantando y pasan a formar los depósitos o placeres, donde se recogen las pepitas.

Tanto en el análisis de las piezas, como en el que posteriormente se hizo de las cerámicas del yacimiento, pudo determinarse un origen filoniano para el oro utilizado en Villanueva. En el caso de las cerámicas, la presencia de «pailletes» de arrastre de tipo fluvial y algunas minipepitas detectadas al realizar una separación de elementos previa a un análisis de termoluminiscencia (6), confirman la existencia en las inmediaciones del lugar donde se hallan los restos arqueológicos de uno de estos filones, presumiblemente en una diabasa rica en cuarzo que, como consecuencia de una intensa meteorización, se ha transformado en arcillas. Sobre esas arcillas aprovechadas para la fabricación local de vasijas, se habría realizado previamente un trabajo de cernido y bateado para separar el oro que entrase en composición. Si tenemos en cuenta que en la zona existen, además, otras vetas de minerales que contienen casiteritas, arsenopiritas, calcopiritas y galenas, a veces en paragénesis con el oro, el laboreo es posible que se tradujera en una actividad industrial de fundición, alrededor de la cual se instaló un taller.

Las pruebas de esta afirmación no se remiten sólo a datos especulativos de índole geológica, sino que dentro de un pequeño radio en torno al lugar donde se produjo el hallazgo de las piezas de oro, recogimos dos toberas de arcilla adaptadas con el propósito de regular la entrada de aire en los hornos durante la combustión, varios punzones y agujas especialmente diseñados para el trabajo de grabado repujado sobre planchas de metal, un plato de balanza, un carrito de trefilar fabricado en bes y un parahuso cilíndrico de arenisca, con una escotadura sobre la que se enrollaban hilos

(6) Los análisis de Termoluminiscencia han sido efectuados por ARCHEODATA, Empresa privada de Francine Wolf, Rue de Saints Peres, 7505 Paris, en el laboratorio de la Universidad de Rennes. Los resultados fueron posteriormente contrastados por cromatografía al carbono en el departamento de Química y Física de la Facultad de Ciencias de Puerto Real (Cádiz).

de metal para fabricar cadenas, con muestras de roce de elemento cortante en el lateral derecho y en la cara delantera.

Por otra parte, es lógico deducir que, a expensas de una mayor disponibilidad de recursos metalíferos, se desarrollara una actividad metalúrgica en Villanueva, donde un artesano orienta su producción hacia piezas que son del gusto de una sociedad en plena evolución que demanda nuevas formas. Ese cambio en la moda repercute también en la orfebrería, donde se pasa de fabricar pesadas y macizas joyas a otras de menor peso, laminares, huecas, recargadas, etc, con la firma iconográfica de oriente.

Los talleres locales por tanto no desaparecen, sino que continúan si cabe más diversificados y cada vez más especializados. Hallazgos, como los del depósito de Cabezo Araya (Cáceres), compuesto por numerosas piezas de bronce y un lingote de oro, parecen demostrar que, si antes orfebres y bronceístas eran la misma persona, en la etapa orientalizante ya se puede hablar de una especialidad independiente de otras actividades metalúrgicas, debido al aumento de la producción, a la diversidad, a la dificultad de nuevos tipos y variantes, pero sobre todo a la aparición de técnicas más complejas que, como es lógico, «sólo pudieron adquirirse a través de una relación personal entre artesanos locales y extranjeros. Así cobra sentido una producción de características y personalidad peculiares, sin necesidad de recurrir a supuestas importaciones que los talleres fenicios no reflejan, salvo en casos concretos» (Perea, 1990: 280).

Desde hace algún tiempo se ha puesto de relieve, gracias al estudio microanalítico de las soldaduras sobre piezas con decoración de filigrana y granulado, la procedencia de un taller indígena de las piezas del tesoro de Aliseda, y no de Cádiz, como se señalaba tradicionalmente (Perea, 1990: 280). También se apuntó la falta de homogeneidad en las piezas del citado tesoro, pero se probaron elementos de conexión con las de Segura de León (Enriquez *et alii*, 1985) y Serradilla. Ambas no serían del mismo taller, pero es seguro que proceden de un área con la misma filiación artesanal, en la que participa sin lugar a dudas Villanueva.

Resulta tentadora la idea de concentrar

en un único taller las piezas extremeñas, pero tal afirmación es fácilmente puesta en tela de juicio a tenor de los resultados en porcentajes de aleación, al menos entre los que conocemos de Villanueva de la Vera y Aliseda (Nicolini, 1990: 32); en esta última por ejemplo, el mayor índice de plata no sobrepasa en contenido el 21 % y esto, tan sólo en un ejemplar de sortija el resto de los que corresponden a la variedad 1b de oro quedan por debajo del 15 % de plata y el 3 % de cobre, para ir descendiendo en las otras variedades de 2b y 2a hasta el 2 % de plata.

Son datos que apuntalan una vez más la idea de un taller instalado en las faldas de Gredos, pues porcentajes de plata y cobre tan altos como los detectados en las piezas de Villanueva son algo inusual en el panorama de la orfebrería peninsular, tanto, que constituyen unas señas de identidad propias de un orive que, más que alterar la ley del metal principal, pretende corregir los defectos a que puede dar lugar la fusión de un metal con características particulares. Puede incluso ser una manifestación de arcaísmo en la manufacturación de joyas, si recordamos que en la fabricación de torques como los de Lebucao (Portugal), se emplean con frecuencia hasta un 50 % de plata y un 10 % de cobre, no obstante, dado que los cobres aleados con cargas superiores al 3 % de la pieza son numerosos, debemos pensar también en la posibilidad de un añadido con el fin de aumentar la solidez de la obra, más que a corregir los fuertes contenidos de plata.

Son muy pocas las piezas que se acercan en contenidos de aleación a los de la arracada y el nazem de Villanueva, pudiendo delimitarse un área de aproximación porcentual, en el cuadrante medio portugués; piezas como las de Baiao y Afife, elevan su porcentaje de plata al 25 y 30 %, y el de cobre al 2,5 %. Las de Sines y el Alto Alentejo registran de 20 a 25 % de plata y de 4 a 5 % de cobre. También encontraremos parecidas proporciones en piezas de Trayamar, Almuñecar y Cádiz, pero el número con respecto a otros registros generales en la misma área es cuantitativamente menor que en el cuadrante lusitano.

Es probable que estemos en ciernes de hablar de una organización artesanal regular-

mente definida hacia la mitad oeste peninsular, en la que se observan unos rasgos que atañen a las técnicas de aleación, a la iconografía, evidentemente relacionados con el fenómeno oriental, pero anclados también en las tradiciones metalúrgicas anteriores. Baste señalar como colofón que las joyas que normalmente aparecen en enclaves coloniales como Cádiz o Trayamar son siempre de reducido tamaño y técnica cuidada, en las que prima, según la opinión de A. Perea (1990: 279), «el detalle iconográfico, de sentido mágico o religioso, sobre lo ornamental». Esta autora entiende además, que esas diferencias entre lo colonial y lo indígena radican más en lo conceptual. Por poner un ejemplo «ninguna de las grandes joyas que tradicionalmente han definido la orfebrería tartésica, como arracadas, diademas, cinturones o brazaletes tiene paralelo en la producción fenicia peninsular; todas son de gran tamaño y complejidad compositiva donde sólo el detalle ornamental e iconográfico forma parte del repertorio oriental» (Perea, 1990: 279).

VALORACION FINAL

Un aspecto interesante que quedaría por dilucidar sería el fin para el que se reservaron estas piezas, es decir, si proceden realmente de un hábitat o de enterramientos arrasados. Al respecto podemos decir que ambos espacios han sido detectados en nuestro trabajo de prospección y, aunque nuestro conocimiento sobre los mismos alberga grandes lagunas derivadas de la ausencia total de excavaciones, hemos podido recabar un caudal de información que amplía nuestra visión sobre el sustrato en que debió desarrollarse el horizonte definido por los objetos descritos.

En lo concerniente a las necrópolis, hemos podido localizar varias sepulturas con estructuras tumulares, donde lo único sobresaliente, aparte del montículo en sí, son una serie de cercos de piedra para la contención de la tierra. En relación con ellas se encontraron diversas piezas que pueden catalogarse de ofrendas, en el caso de una copa de bronce y de elementos de ajuar, en el del nazem de oro. Este dato nos pone en antecedentes sobre uno

de los ritos posibles de enterramientos, relacionados con la cremación de cadáveres y su ulterior deposición en recipientes cerámicos o metálicos, una costumbre que tendrá continuación en la zona hasta el s. IV o III a. C. (González *et alii*, 1990: 139).

Sin embargo, los hallazgos en estas circunstancias impiden un tratamiento riguroso del asunto, pues cabría situar por el contexto el arranque de este rito funerario en los últimos compases del Bronce Final y pensar que se establece una coexistencia con otro ritual, también de incineración, pero con una fórmula diferente. Al respecto nos ilustra un túmulo en la Garganta de Minchones, donde se recogió el primer jarro de Villanueva. En este lugar, según testigos presenciales, el objeto en cuestión, se halló revuelto entre un nivel de tierra y cenizas reposando sobre un enlucido artificial de cantos rodados. Nada se recuerda sobre estructuras o paramentos de delimitación o cobertura, por lo que hemos de suponer que tanto el ajuar como el difunto fueron depositados sobre un zócalo previo a la instalación de la pira, para servir de *ustrinum* crematorio. El estado de fusión y deterioro que presentan muchas de las piezas, derretidas o soldadas a veces unas con otras vendría a corroborar esta práctica.

Otra de las cuestiones que nos queda por conocer y que podría resolverse en el curso de las actuales excavaciones, sería la de la organización y estructuración social de los enterramientos de cara a identificar posibles rangos y jerarquías. En este sentido lo que sí parece acertado apuntar es que, al igual que en Aliseda (Almagro Gorbea, 1977: 220), las joyas de Villanueva pudieron adornar a un personaje femenino, con un estatus especial, quizá un personaje perteneciente a una clase con prestigio político o casta sacerdotal; algo, si no es especular demasiado, cercano a lo que se reflejará en la iconografía del mundo ibérico, en las populares esculturas de «Damas».

La cronología del conjunto puede fijarse gracias a la gran variedad de objetos con los que contamos, en la segunda mitad del s. VII a. C. y principios del s. VI a. C. Sólo una panoplia de objetos como una punta de lanza y algunas cerámicas podrían retraer las fechas a fines del s. VIII a. C. pero estos quedan

netamente separados, según lo que hemos expuesto de aquéllos que se hallan imbuidos dentro de la cultura tartésica orientalizante.

Otro problema que hemos intentado resolver aquí es la procedencia de los objetos y el material con que están fabricados. Al respecto hemos aducido pruebas que testimonian una labor de artesanos locales, orientada sobre todo a la confección de joyas, para cuya elaboración, ya hemos visto que la zona cuenta con bastantes recursos que explican, en parte, la elección del asentamiento.

Esta dinámica, en la que se relacionan los importantes yacimientos minerales con asentamientos del Bronce Final al Período Orientalizante, fue especialmente significativa para Extremadura (Fig. 1) si se compara con otras regiones peninsulares en estos mismos periodos e incluso en posteriores. En ello harán hincapié las fuentes antiguas, cuando se refieran a los placeres del «aurífero Tagus» (7) y de algunos de sus afluentes, bastando echar una ojeada al mapa metalogenético de Extremadura para confirmar la veracidad de dichos asertos y constatar el gran potencial mineral de éstas áreas.

Por último interesa considerar por la importancia que tiene de cara a las relaciones culturales y comerciales, el trazado de las vías de difusión y comunicación.

Recientemente Alvarez y Gil (1988), han diseñado, a través del análisis de yacimientos y restos materiales, la existencia de una serie de vías prerromanas en Extremadura, algunas de las cuales parecen remontarse a la etapa de las colonizaciones. La más importante según ellos, une la Meseta con la desembocadura del Guadiana a través de una depresión producida por la falla de Plasencia (8) poniendo los lugares que encuentra a su paso en relación con

(7) Strabón, «Geographica», III, 2-5; Plinio, «Naturalis Historia», XXXIII, 78, XXXIV, 55-158

Recientemente se han puesto al descubierto junto al río Erjas, canales y estanques para la decantación de oro revuelto con aluviones, para cuya disgregación se recurrió al procedimiento de «arrugia o ruina montium». Las explotaciones, que datan al menos del s. I a. C., están siendo continuadas en la actualidad.

(8) A lo largo de la falla de Plasencia se localizan yacimientos mineros de oro y casiterita a los que hay que unir otros de naturaleza arqueológica, baste citar los nombres de Azougada, Sagrajas, Aliseda, Araya, Alconetar, etc., para darnos cuenta de la importancia que pudo desempeñar este camino natural.

los pueblos del suroeste de Portugal y la costa onubense.

La segunda coincidiría aproximadamente con la posterior Vía de la Plata, en la que algunos autores creen ver un viejo camino tartésico que comunicaría el Norte de la Península con las zonas mineras del sur de Andalucía (Blázquez, 1974: 95; Almagro Gorbea, 1977: 229).

En ambos casos, Extremadura aparece como una región de transición, donde determinados núcleos actuarían como agentes difusores de productos coloniales. Un claro ejemplo lo constituye Medellín, cuya actuación como centro redistribuidor (Almagro Gorbea; 1977: 500), resultaría comprensible por su estratégica situación, entre la Baja Andalucía y las zonas más apartadas de la Alta Extremadura papel que, en nuestra opinión, desempeñaría de forma parecida el núcleo de Villanueva de la Vera conectando las áreas mencionadas con la Meseta.

De este modo parece entonces comprobada, durante el Período Orientalizante, la existencia de una red comercial y de contactos entre la costa y el interior. Así se explica la penetración de mercancías de este comercio oriental, tales como vidrios, joyas, bronce, etc., al norte del mediodía peninsular.

En la ruta del Norte, el hecho de que los caminos converjan en la dirección de Villanueva, se debe a condicionantes propios del terreno, siendo el más importante por su altura y continuidad el Sistema Central, que obliga a los que quieran acceder al Este de la Meseta a penetrar por el valle del Tiétar, para bordear las laderas meridionales de Gredos y así franquearlo por el peligroso paso de Talaveruela, o el más accesible de El Pico.

Volvemos por tanto, sobre la importancia que desempeñó Villanueva en esta ruta, en la que se comprueban los parámetros de la actuación colonial de asimilación de una población quizá a través de fórmulas religiosas e ideológicas. La ausencia aparente de fortificaciones rechaza el carácter hostil de unas gentes que parecen verdaderamente impregnadas e integradas en el ámbito colonial. El hallazgo de arracadas, jarros rituales, cuentas de collar, vidrios, braseros, cerámicas, etc. anuncian la existencia de un núcleo de población impor-

tante desde el que, a su vez, se difunden objetos como la figura etrusca y el ungüentario de vidrio de El Raso (Fernández, 1986: 559) u otros objetos dispersos por las provincias de Avila, Salamanca y Toledo. El mismo F. Fernández (1986), reconoce la perduración de este camino, por el que habrían de llegar más tarde las cerámicas campanienses encontradas en la necrópolis de El Raso.

En resumen, todos los puntos tratados aquí, orfebrería, yacimientos, vías, recursos geológicos, etc. nos muestran hasta qué punto esta región quedaba vinculada a la órbita tartésica, y más concretamente a esas factorías donde artistas venidos de oriente mostrarían una nueva línea en el trabajo del bronce, marfil, oro, etc. a artesanos que posteriormente generalizarían esos modelos y técnicas.

Al modo de ver de algunos investigadores, sólo ciudades con un profundo enraizamiento colonial pudieron desempeñar ese papel, pero lo cierto es que el hallazgo de herramientas propias de orive y el tratamiento de muchas de las piezas apunta hacia desarrollos locales como parece documentarse ya en Villanueva de la Vera.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y El Periodo Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV. Madrid.
- ALVAREZ A. y GIL, J. (1988): «Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio antes de Cristo». *Trabajos de Prehistoria*, 45: 305-316. Madrid.
- BISI, A. M. (1965): «Il grifone: Storia di un motivo iconografico nell' Antico Oriente Mediterraneo» *Studi Semitico*, 13: 3-275. Roma.
- BLANCO, A. (1956): «Orientalia: Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península». *Archivo Español de Arqueología*, XXIX: 3-51. Madrid.
- (1960): «Orientalia II». *Archivo Español de Arqueología*, XXXIII: 3-43. Madrid.
- (1963): «El ajuar de una tumba de Cástulo». *Archivo Español de Arqueología*, XXXVI: 40-69. Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M.^a (1963): «Las joyas orientalizantes extremeñas del Museo Arqueológico Nacional». *Zephyrus*, XIV: 5-16. Salamanca.
- (1974): «Figuras animalísticas turdetanas». *Homenaje a Pío Beltrán. Anejos del Archivo Español de Arqueología*, VII: 87-103. Madrid.
- (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Acta Salmanticensis, 85. Salamanca.
- (1978): Arte de la Edad de Los Metales. «Arte Orientalizante, Fenicio y Cartaginés». *Historia del Arte Hispánico*. I: 201-358. Alhambra. Madrid.
- (1983): «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España». *I Cong. Int. di Studi Fenici e Punici*, II: 311-373, Consiglio Nazionale delle Ricerche. Roma.
- BOARDMAN, J. (1968): «Archaic greek gems. School and artist in the sixth and early fifth centuries B.C.» Thames and Hudson. London.
- BRANDT, M. M. V. (1973): «La iconografía del grifo en la Península Ibérica». *Pyrenae*, 9: 7-151. Barcelona.
- CARDUCCI, C. (1962): «Bijoux et orfèbrerie antique. Ori e argenti dell'Italia antica». Milano.
- CINTÁS, P. (1946): «Amulettes puniques». Institut des Hautes Etudes de Tunis. Túnez.
- COCHE DE LA FERTE, E. (1956): «Les bijoux antiques». Presse Universitaires de France. Paris.
- DUSSAUD, R. (1908): «La protohistoire orientale, et quelques éléments décoratifs Chypriotes». *Revue de L'Ecole D'Antropologie de Paris*, VI: 185-197. Paris.
- ENRÍQUEZ NAVASCUES, J. J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1985): «La pieza de oro de Segura de León y su entorno arqueológico». Editora Regional de Extremadura. Badajoz.
- FERNÁNDEZ F. (1986): «Excavaciones arqueológicas en el Raso de Candeleda». Institución Gran Duque de Alba. Avila.
- GJERSTAD E. (1946): «Decorated Metal Bowl from Cyprus». *Opuscula. Archaeologica*, IV: 60-98. *Acta Instituti Romani Regni Sueciae*, XIII. Estocolmo.
- GONZÁLEZ, A.; HERNÁNDEZ, M.; CASTILLO, J. y TORRES, N. (1990): «Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal de la Vera y Villanueva de la Vera (Cáceres), la influencia meseteña al Norte de Extremadura». *Studia Zamorensia*, XI: 129-160. Zamora-Salamanca.
- HIGGINS, R. A.. (1962): «Greek and Roman Jewellery». Methuen's hand books of Archaeology. London.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1957): «Metalurgia tartésica: El Bronce Carriazo». *Zephyrus*, VIII: 157-168. Salamanca.
- MALLOWAN, M. E. L. (1966): «Nimrud and its remains». The University Press. Aberdeen.
- MARSHALL, F. M. (1911): «Catalogue of the jewellery. Greek, Etruscan and Roman in the Department of Antiquities». British Museum. London.
- MÉLIDA, J. R. (1921): «El tesoro de Aliseda, Cáceres». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXIX: 415-426. Madrid.
- NICOLINI, G. (1990): «Techniques des ors antiques». Picard. Paris.
- PEREA, A. (1990): «Orfebrería Prerromana, Arqueología del Oro». Consejería de Cultura, Dirección General de Patrimonio, Comunidad de Madrid. Madrid.
- RAMÓN FERNÁNDEZ-OXEA, J. (1952): «Amuletos lunares en Cáceres». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, VIII, 3: 24-44. Madrid.
- RIIS, P. J. (1953): «An introduction to etruscan art». Ejnar Munksgaard. Copenhagen.